

HACIENDO HISTORIA REGIONAL CONSIDERACIONES METODOLOGICAS Y TEORICAS

Eric Van Young
University of California, San Diego

Si se lee profundamente en la reciente literatura sobre la historia regional mexicana, se descubre rápidamente un hecho interesante: las regiones son como el amor -son difíciles de describir, pero las conocemos cuando las vemos. ¿Por qué falta una definición sistemática de un concepto tan central para el trabajo histórico sobre México y América Latina en su conjunto; cuando estamos preparados para luchar hasta la muerte sobre ciertas construcciones teóricas, como feudalismo, dependencia y clase social? Yo sugeriría que la razón es suficientemente clara: la mayoría de nosotros piensa que ya sabe lo que es una región: es el área que estamos estudiando en este momento. En la práctica ésta se remite frecuentemente a una ciudad o pueblo con su espacio circundante. La serie de definiciones informales, de larga data, sobre las regiones mexicanas nos es bastante familiar. Algunas son conocidas por el nombre de su ciudad capital -por ejemplo, la región de Puebla, de Guadalajara- mientras otras son designadas por ciertos términos generales no ligados a una ciudad específica -el Bajío, la Huasteca, el Noroeste, la región azucarera de Morelos, etc. . Este uso habitual contiene una estructura implícita de categorías a las que me referiré al menos parcialmente más adelante. El punto básico es que, con estas imágenes simples de espacio polarizado y no polarizado, ya poseemos los elementos de definición del concepto de región, prestados de la teoría del emplazamiento central tal como fue desarrollada por la geografía económica.

No obstante, a pesar de estas formulaciones primitivas a priori, generalmente no invertimos mucho tiempo tratando de

aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de regiones geohistóricas¹. Entonces, como historiadores, nos encontramos en

¹ Muchos -en realidad, la mayoría- de los trabajos referidos a la historia regional mexicana no especifican qué entienden por región, pero se basan en una especie de descripción deficitaria para llegar a sus definiciones. Por ejemplo, Allen Wells, en su excelente libro YUCATAN'S GILDED AGE: HACIENDAS, HENEQUEN, AND INTERNATIONAL HARVESTER, Albuquerque, 1985, considera a Yucatán como una región singular, sin intentar ninguna justificación conceptual para tal definición, lo cual conduce a ciertas dificultades de manejo con lo que denomina diferenciación económica intra-regional (noroeste versus sudeste) que, realmente, parece ser más una diferenciación inter-regional. Claude Morin, en su trabajo abarcativo y estimulante sobre Michoacán en el siglo XVIII, MICHOACAN EN LA NUEVA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII: CRECIMIENTO Y DESIGUALDAD EN UNA ECONOMIA, México, 1979, acepta que el concepto de región puede significar algo distinto para un economista que para un sociólogo o geógrafo (p. 175), pero luego opta por estudiar esa región de acuerdo a la definición político-administrativa de sus límites, lo que lo lleva a dificultades similares a las de Wells. Otro estudio reciente de importancia, el de Mark Wasserman, CAPITALISTS, CACIQUES AND REVOLUTION: THE NATIVE ELITE AND FOREIGN ENTERPRISE IN CHIHUAHUA, MEXICO, 1854-1911, Chapel Hill, 1984, emplea la palabra región con distintas acepciones en veintiun oportunidades durante sus primeras cuatro páginas, pero define el término -no muy convincentemente- como congruente con las fronteras políticas del estado de Chihuahua. Por otro lado, en su artículo "An Approach to Regionalism" en Richard Graham y Peter Smith (Eds.), NEW APPROACHES TO LATIN AMERICAN HISTORY, Austin, 1978, Joseph Love realiza un tratamiento interesante de las regiones, basado en lo que él llama regiones uniformes y nodales (i. e. regiones formales y funcionales respectivamente). Sin embargo, finalmente enfatiza a las regiones como partes de sistemas (lo que uno esperaría de un historiador político), haciendo carambolas entre ellas como bolas de billar, en oposición a sus estructuras internas. Para ejemplos parecidos en menor escala, véase Harry Berstein, "Regionalism in the National History of Mexico" en Howard Cline (Ed.), LATIN AMERICAN HISTORY: ESSAYS ON ITS STUDY AND TEACHING, Austin, 1967, vol. 1, pp. 389-394; y Luis González, "El Oeste Mexicano" en su LA QUERENCIA, Morelia, 1982, pp. 11-41. Para ser justo con González, hay que señalar que ha demostrado un interés persistente en la "microhistoria" de lo que ha llamado "terruños" o localidades, mayor que el dedicado a entidades más grandes. Por otra parte, González acepta la relación entre la historia local (regional) con las consideraciones de la estructura espacial, cuando escribe: "En la historia crítica lo básico es el tiempo... En la historia local es muy importante el espacio", "Teoría de la microhistoria" en González, NUEVA INVITACION A LA MICROHISTORIA, México, 1982, p. 37. Sobre todos estos temas, véase Eric Van Young, HACIENDA AND MARKET IN EIGHTEENTH CENTURY MEXICO: THE RURAL ECONOMY OF THE GUADALAJARA REGION, 1675-1820 (Berkeley, 1981), pp. 3-5; "Mexican Rural History Since Chevallier: The Historiography of the Colonial Hacienda" en LATIN AMERICAN RESEARCH REVIEW 18 (1983), pp. 5-61 y "On Regions: A Comment" en Conference on Regional Aspects of U.S.-Mexican Studies, Univer-

una posición peculiar -pero no desconocida- de estar operando con un concepto complejo antes de definirlo. Una de las cuestiones que quiero tratar aquí es que las regiones son hipótesis a demostrar y que, cuando escribimos historia regional, estaríamos tratando de hacer justamente eso, antes que describir entidades antecedentes.

Sin embargo, a pesar de esta nebulosa teórica, vemos regiones en México cada vez que miramos y, de hecho, la región geohistórica y el regionalismo son centrales para la experiencia mexicana. Esto significaría que el concepto tiene una utilidad considerable para nosotros. Por cierto, de acuerdo a la expresión de Claude Lévy-Strauss, las regiones son "buenas para pensar". En este ensayo mi método es jugar con la idea de región de una forma que espero resulte útil y no muy sistemática, acercarme a una definición de la misma y manejar algunas de sus implicancias por el modo en que nos colocamos en el espacio, el tiempo y la sociedad. Para ilustrar mis opiniones haré algunas referencias y comparaciones concretas aunque insinuantes, con ejemplos empíricos extraídos de la literatura sobre las regiones geohistóricas de México.

El concepto de región en su forma más útil es, según creo, la "espacialización" de una relación económica². Una definición funcional muy simple sería la de un espacio geográfico con una frontera que lo activa, la cual estaría determinada por el alcance efectivo de algún sistema cuyas partes interactúan más

sity of California, San Diego, mayo, 1984.

² Este punto de vista no congenia con la teoría económica tradicional, la cual asume implícitamente que la resistencia espacial no entra en los modelos de equilibrio de la economía, en los que "...todo ...es efectivamente comprimido en un punto", creando "un hábitat sin dimensiones", en palabras de Walter Isard, LOCATION AND SPACE-ECONOMY: A GENERAL THEORY RELATING TO INDUSTRIAL LOCATION, MARKET AREAS, LAND USE, TRADE, AND URBAN STRUCTURE, Cambridge, Mass., 1956, p. 25. Para una introducción teórica e histórica a las teorías de localización y de emplazamiento central, que comienzan con von Thünen a principios del siglo XIX y que subyacen en muchas oportunidades en el presente artículo, véase Isard, LOCATION AND SPACE-ECONOMY, pp. 1-23; Brian J. L. Berry, GEOGRAPHY OF MARKET CENTERS AND RETAIL DISTRIBUTION, Englewood Cliffs, New Jersey, 1967, pp. 59-73; y más particularmente, el famoso ensayo de Carol Smith "Regional Economic Structures: Linking Geographical Models and Socioeconomic Problems" en Carol Smith (Ed.), REGIONAL ANALYSIS, 2 vols., New York, 1976, vol. 1, pp. 3-63. Para una estimulante síntesis interdisciplinaria -que debe mucho al punto de vista antropológico- véase Guillermo de la Peña "Los estudios regionales y la antropología social en México" en RELACIONES, 8 (1981), 43-93.

entre sí que con los sistemas externos³. Por un lado, la frontera no necesita ser impermeable y, por otro, no es necesariamente congruente con las divisiones políticas o administrativas más familiares y fácilmente identificables, o aún con los rasgos topográficos⁴. Si esta definición es tan simple, ¿por qué es aún necesario especificar lo que entendemos por regiones antes de emprender su descripción y no seguir tambaleándonos intuitivamente?. Yo sugeriría que hay tres razones. Primero, si no establecemos algunas definiciones teóricas a priori, terminaríamos explicando un fenómeno social erróneo con referencia a las regiones; es decir que si no sabemos lo que es una región a lo largo del tiempo, será difícil usar el concepto como factor explicativo en nuestro análisis. Por ejemplo, ciertos fenómenos económicos notables en la historia mexicana tendrían más que ver con las tendencias reduccionistas de las fuerzas extra-regionales o aún extra-nacionales, que con las características internas de las regiones, en y por sí mismas⁵. Luego, nuevamente, la falta de una definición suficientemente rigurosa de las regiones (o, mejor dicho, de una serie definida de cuestiones) puede haber conducido a una cierta confusión entre regionalidad -la cualidad de ser de una región- y regionalismo, la identificación conciente, cultural, política y sentimental, que grandes grupos de personas desarrollan con ciertos espacios a través del tiempo⁶. En segundo lugar, las comparaciones construidas en torno al concepto de regionalidad se tornan problemáticas si no sabemos más o menos claramente qué variables estamos comparando, o si aquellas que escogemos -ubicación de las funciones de producción, estructuras de mercado, dotación de recursos, etc.- no son comparables. Finalmente, la regionalidad en sí misma es un concepto dinámico cuyo estudio puede

³ Van Young, HACIENDA AND MARKET, pp. 3-4.

⁴ Ciro F. Cardoso desarrolla su visión en un breve artículo, distinguido por la alternancia de flashes de claridad y de párrafos sorprendentemente oscuros: "Regional History", BIBLIOTHECA AMERICANA, 1 (1982), 2-3.

⁵ Ver Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano, EL SECTOR EXTERNO Y LA ORGANIZACION ESPACIAL Y REGIONAL DE MEXICO (1521-1910), Puebla, 1977.

⁶ Este problema conceptual parece hallarse en el corazón de los estudios de Berstein y González -citados más arriba- y posiblemente también en la casi magistral síntesis de Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano, 1880 -1927; ensayo de interpretación" en HISTORIA MEXICANA, 22 (1973), 320-346.

decirnos mucho sobre los tipos fundamentales del cambio social en espacios definidos, a lo largo del tiempo; si no tenemos un modelo de lo que comprende una región, ¿cómo nos manejaremos convincentemente con el cambio, de otra forma que nos sea más que descriptiva?. Para sintetizar usando las palabras de Walter Isard, sostenedor de esa disciplina híbrida llamada ciencia regional, "¿cómo se puede comenzar a recolectar información para un estudio regional cuando no se ha discutido el concepto de ciudad o región?. Se está anteponiendo el carro al caballo."⁷

¿Por qué las regiones son buenas para pensar, considerando particularmente a México?. Creo que pueden aducirse muchas razones, pero dos en especial lo sugieren fuertemente por sí mismas: una de naturaleza empírico-histórica y, la otra, teórica. En el caso histórico, en cierta forma las regiones parecen corresponder a horizontes naturales, a categorías empíricas naturales, para ubicarnos en un espacio que probablemente no ha cambiado mucho desde los tiempos preindustriales; es decir, el espacio real en sí mismo, su tamaño, puede haberse alterado, pero posiblemente la idea no. Pierre Goubert ha sostenido que en la era pre-ferroviaria la mayoría de los europeos vivían sus vidas dentro del perímetro de la parroquia, generalmente comprendiendo un pequeño pueblo y sus alrededores -un área transitable en una caminata o cabalgata de un día, cercana a un diámetro de 10 a 30 millas. Continúa señalando que esta gente se debía haber considerado a sí misma primero como ciudadanos de la localidad y, luego, como súbditos de un rey⁸. Goubert no da una definición técnica de re-

⁷ Walter Isard, INTRODUCCION TO REGIONAL SCIENCE, Englewood Cliffs, New Jersey, 1975, p. 12 (el énfasis es de Isard).

⁸ Pierre Goubert, "Local History", en DAEDELUS, otoño, 1971, pp. 113-114. Cardoso está en desacuerdo con el análisis de Goubert, insistiendo en la imposibilidad de aplicar al Nuevo Mundo los modelos de espacio y población desarrollados para el Viejo, dado que la América Latina colonial estaba marcada por "... la movilidad social y económica, las migraciones, el trasplante de población, por las fronteras móviles de tipos diversos ..." (pero podría decirse que no en una base cotidiana o diaria); Cardoso, "Local History", pp. 4-5, 8. Goubert habla generalmente en un tono despectivo de la historia local/regional, denominando "ciencia social pequeño burguesa" al enorme torrente de historia regional de anticuario en el siglo XIX francés, agregando que -en este género historiográfico- "la Historia se transforma en un juego donde los inocentes amateurs de la historia local proveen a otros con materiales que encuentran útiles" (op. cit., pp. 115-116). Por otra parte, González habla afectuosamente de la tradición historiográfica local y de sus

gión, creo que, sin embargo, su punto de vista podría sostenerse para la población rural en la sociedad mexicana tradicional, especialmente por debajo del nivel de aldea o villorio. Por ejemplo, los patrones de migración tienden a confirmarlo, al menos para la época previa a la gran extensión del transporte masivo accesible. Las mayores áreas expulsoras de migrantes rurales hacia Antequera, Guanajuato y Guadalajara en sus períodos coloniales tardíos se encontraban primariamente en el interior de esas regiones capitales⁹. En el campo teórico, el análisis regional ayuda a resolver la tensión entre la generalización y la particularización. Entre los estudiosos contemporáneos de América Latina, el antropólogo Robert Redfield se halla entre los primeros que han tratado de tender un puente desde las pequeñas comunidades locales hasta las sociedades de nivel nacional, mediante la construcción de un continuum folk-urbano. En el campo teórico, el análisis regional puede hacer por el sistema espacial lo que Redfield intentó para el cultural: reconciliar la microperspectiva con la macroperspectiva. Citando a otra antropóloga, Carol Smith, sobre cuyo trabajo descansa gran parte del presente análisis:

"Con otros acercamientos, la generalización requiere que se asuma que aquello que es verdadero para un parte, lo es también globalmente para el todo y, lo que es verdadero para el todo, lo es igualmente para las partes. El análisis regional puede construir un sistema de variabilidad dentro de sus modelos explicativos, de modo que la generalización no es ni rebuscada ni banal".¹⁰

¿Podrá el análisis regional cumplir realmente con todo aquello que le requieren sus sostenedores más ardientes?. Por cierto,

practicantes no profesionales, en "Teoría de la microhistoria", pp. 31-36.

⁹ John K. Chance, RACE AND CLASS IN COLONIAL OXACA, Stanford, 1978, pp. 112-113, 175; David A. Brading, MINERS AND MERCHANTS IN BOURBON MEXICO, 1763-1810, Cambridge, 1971, pp. 248-250; Van Young, HACIENDA AND MARKET, pp. 34-36; S.F. Cook, "Las migraciones en la historia de la población mexicana: Datos modelo del occidente del centro de México" en Bernardo García Martínez (Ed.), HISTORIA Y SOCIEDAD EN EL MUNDO DE HABLA ESPAÑOLA; HOMENAJE A JOSE MIRANDA, México, 1970, pp. 355-378.

¹⁰ Carol A. Smith, "Analyzing Regional Social Systems" en Smith (Ed.), REGIONAL ANALYSIS, vol. 2, pp. 4-7. Sobre Redfield, ver también, de la Peña, "Los estudios regionales...", pp. 54-57.

se debe admitir que semejante aproximación a la estructura y al cambio históricos posee algunos problemas o límites. Uno de ellos es que la teoría clásica del emplazamiento central, sobre la cual se construye el análisis regional, requiere un gran número de postulados ceteris paribus -la distribución de la población a través de un plano isotrópico ilimitado, la perfecta racionalidad económica de los consumidores, etc.- que se encuentran muy raramente en la realidad, en particular en las condiciones mexicanas¹¹. Otro problema conceptual es determinar el nivel superior con el que se relacionan las regiones; esa matriz mayor en la que encajan, ¿es una meta-región, una nación -estado, el sistema mundial o qué?. En la práctica, definir la jerarquía de este nivel superior es una tarea más difícil que definir la del más bajo, que es posiblemente una ciudad, pueblo, villa o aún una empresa individual en algunos casos. Finalmente, el análisis regional -con su inevitable énfasis en los elementos económicos, las relaciones espaciales y cierto tipo de interacciones sociales- puede dejar de lado otros aspectos importantes de la estructura y el cambio, como la etnicidad y el conflicto étnico, por ejemplo ¹². A pesar de estos problemas, la aproximación regional ha demostrado ser de enorme valor en estudios recientes y continuará siéndolo en el futuro. Más aún, el enfoque regional proporciona un punto de convergencia entre dos de los temas centrales de este paper: ciudad y campaña.

¹¹ Berry, GEOGRAPHY OF MARKET CENTERS, p. 3 y Carol A. Smith, "Examining Stratification Systems Through Peasant Marketing Arrangements: An Application of Some Models from Economic Geography", en MAN (New Series), 10 (1975), pp. 95 -122. En esta conexión, seguramente no ha sido accidental que gran parte del libro de Berry esté dedicado a un análisis geográfico-histórico del sistema de emplazamiento central del sudoeste de Iowa. Para un intento muy interesante de aplicar algunos elementos de la teoría de locación a la estructura económica azteca y colonial del Valle de Mexico, ver Ross Hassig, TRADE, TRIBUTE, AND TRANSPORTATION: THE SIXTEENTH-CENTURY POLITICAL ECONOMY OF THE VALLEY OF MEXICO, Oklahoma, 1985.

¹² Sin embargo, este no es el caso necesariamente. El trabajo de Chance RACE AND CLASS IN COLONIAL OAXACA, sin ubicarse explícitamente en el marco de la teoría de locación, establece claramente el rol de los elementos espaciales en la cambiante composición socio-étnica de la región de Oaxaca y de la ciudad de Antequera. Véase también las consideraciones teóricas de Carol A. Smith en "Exchange System and the Spatial Distribution of Elites: The Organization of Stratification in Agrarian Societies" en Smith (Ed.), REGIONAL ANALYSIS, vol. 2 pp. 309-374, passim.

Considerada en cierta forma, la estructura interna de la región constituye también una matriz para la convergencia del espacio físico y social¹³. Como conceptos teóricos, los sistemas regionales y de clases demuestran un notable paralelismo. El concepto de región esencialmente "espacializa" las relaciones económicas y, el de clase social, hace globalmente lo mismo, sustituyendo la metáfora de espacio social (como cuando hablamos de distancia social, movilidad social, etc.) por aquella de distancias reales de espacio físico. Además, los sistemas regionales y de clases sociales comparten al menos otras tres características comunes interrelacionadas. Demuestran diferenciación -es decir, diferencias funcionales entre sus partes o grupos componentes. Demuestran jerarquía -o sea, relaciones de poder asimétricas dentro del sistema. En el caso del sistema de clases, esto es obvio respecto de la distribución desigual de la riqueza, el status y el poder político, pero ocurre también en los sistemas regionales, por supuesto, con referencia a las formas de jerarquías urbanas. Finalmente, exhiben la característica de la articulación -es decir, cierta clase de interacción predecible entre los elementos que constituyen el sistema¹⁴. Sin embargo, más allá de lo que pueden considerarse similitudes fortuitas, los modos de análisis regional y de clases se intersectan en formas significativas, de modo que se pueda hablar de estructuras sociales peculiares de ciertos tipos de regiones, por ciertas razones teóricas explícitas. De hecho, la relación entre el espacio geográfico y la estructura social en la historia mexicana es uno de los dos temas principales a los que quiero referirme particularmente, en los comentarios que restan aquí. En función de esto,

¹³ Una serie de estudios estimulantes sobre este tema se podrá ver en el volumen 2 de Carol A. Smith (Ed.), REGIONAL ANALYSIS, especialmente en los ensayos generales introductorios de la compiladora y de Stephen M. Olsen, en el de Gordon Appleby sobre la Puna peruana, y en el extenso ensayo final de la editora. Véase también de la Peña, "Los estudios regionales", pág. 76 y ss.

¹⁴ Con respecto a este último punto, uno tendería a comentar que la fuerte tendencia al regionalismo en la historia mexicana (y también en muchos otros países en desarrollo) y la regionalidad concomitante sobre-desarrollada -si pudiéramos llamarla así- son frecuentemente síntomas de economías desarticuladas. Casi del mismo modo, la falta de una estructura de clases fuerte y su típico reemplazo por castas, estratos u otras estructuras marcadamente segmentadas, pueden ser vistos como un síntoma de articulación social débil. Considerada desde esta perspectiva, buena parte de la experiencia histórica mexicana ha sido una lucha por reemplazar la definición regional de sociedad por una definición de clases, a pesar que teóricamente los dos conceptos no son mutuamente excluyentes.

primero quiero desarrollar brevemente una tipología dual de las regiones históricas mexicanas y luego hacer unas pocas observaciones empíricas, vinculando ciertos elementos de dicha tipología con las particularidades del desarrollo económico y social mexicano a lo largo del siglo pasado.

Las economías y sociedades regionales en general y las mexicanas en particular, resultan bastante diferentes entre sí según si están ligadas a los mercados internos o externos o para decirlo con los términos del análisis regional- si el emplazamiento central de la región está dentro o fuera de ella. Por lo tanto, algunas regiones pueden verse centradas en ciudades, poseyendo una jerarquía urbana más o menos simétricamente estructurada y una división interna del trabajo concomitante. Otras regiones pueden ser descritas como agrupamientos o ramilletes de unidades productivas o de empresas vinculadas con un mercado externo en una forma cualitativamente semejante y en las cuales la regionalidad está definida menos por la complementariedad económica que por una especie de similitud fenomenológica. Como suele suceder, esta dicotomía concientemente super-simplificada corresponde bastante nítidamente a las definiciones funcionales y formales de regiones como fueron desarrolladas primariamente por los geógrafos¹⁵. Las metáforas gráficas para estas dos formas bien diferentes de región pueden ser, respectivamente, las de la olla a presión en un caso y del embudo, en el otro. La diferenciación que estoy haciendo entre los tipos de olla a presión y de embudo corresponde globalmente a sistemas característicos de los mercados regionales designados por los teóricos del emplazamiento central como tipos solares y dendríticos, respectivamente¹⁶. Sobre la base de esta tipología, aún sugeriría la

¹⁵ En las palabras de Carol A. Smith, "Regional Economic Systems", p. 6": "Las regiones pueden ser definidas formal o funcionalmente; en el primer caso, enfatizando la homogeneidad de algún elemento dentro del territorio; en el último, enfatizando los sistemas de relaciones funcionales dentro de un sistema territorial integrado". Marcel Bataillon también efectúa la misma distinción, poniendo un acento especial en la presencia de ciudades o lugares centrales en las regiones funcionales; LAS REGIONES GEOGRAFICAS DE MEXICO, sexta edición, México, 1982, pp. 197-208 y passim

¹⁶ Primeramente intenté desarrollar una tipología olla a presión/embudo en Van Young, "Regional Agrarian Structures and Foreign Commerce in Nineteenth-Century Latin America: A Comment", American Historical Association, Annual Meeting, New York, 1979; ver también Van Young, "On regions, A Comment", citado más arriba. Para las definiciones de los sistemas mercantiles solar y dendrítico, ver varios trabajos de Carol A. Smith, citados anterior-

hipótesis que la complejidad de las estructuras sociales regionales y la naturaleza de las relaciones de clase estarían influidas fuertemente por las disposiciones espaciales internas y de los establecimientos de ambos tipos. En el modelo olla a presión -caracterizado por un espacio interno relativamente complejo y polarizado jerárquicamente- veríamos una proliferación y complicación de las estructuras internas a través del tiempo; por ejemplo, en las relaciones señor/campesino, en la utilización de los créditos, en los arreglos mercantiles y comerciales, en el rol social de los grupos intermediarios y en las relaciones de clase. En el modelo embudo -caracterizado por un grado relativamente bajo de polarización espacial interna- estaríamos observando una simplificación y homogeneización de las relaciones económicas y sociales internas y una diferenciación concomitantemente más aguda entre las clases sociales. En otras palabras, estoy sugiriendo que hay una conexión inversa entre la polarización espacial y la social o, para decirlo de una manera más de moda, la complejidad produce complejidad y la simplicidad, simplicidad. Si se me quiere objetar que estoy reinventando la rueda, admito presurosamente que la tipología dual en sí misma es difícilmente novedosa y se hace eco de la distinción aceptada entre regiones exportadoras y no exportadoras. No obstante, a lo que apunto es a que la presencia o ausencia de una actividad exportadora dominante tiene consecuencias espaciales y sociales interrelacionadas que trabajan sobre América Latina¹⁷.

mente, y su artículo "How Marketing Systems Affect Economic Opportunity in Agrarian Societies" en Rhoda Halperin y James Dow (Eds.), *PEASANT LIVELIHOOD: STUDIES IN ECONOMIC ANTHROPOLOGY AND CULTURAL ECOLOGY*, New York, 1977, pp. 117-146.

¹⁷ Para una colección generalmente interesante y abarcativa de ensayos sobre el desarrollo latinoamericano del capitalismo agrario en general y de las economías de exportación en particular, ver Kenneth Duncan e Ian Rutledge (Eds.), *ESSAYS ON THE DEVELOPMENT OF AGRARIAN CAPITALISM IN THE NINETEENTH AND TWENTIETH CENTURIES*, Cambridge, 1977; muchos de estos ensayos, particularmente el concluyente de Magnus Mörner, tocan aspectos tratados en este artículo. Las formas puras sugeridas por la dicotomía olla a presión/embudo existen sólo en el laboratorio de la mente, obviamente, y -en la práctica- las situaciones históricas reales no son tan simples como indican los modelos. Por ejemplo, en el caso de las regiones exportadoras o embudo, las economías de subsistencia intra-regional y de comercialización de alimentos pueden ligarse al sector exportador, comprometiendo entonces al modelo de embudo "simple". Una instancia de esto podría ser el sector de producción ganadera y de alimentos, esclavista y no esclavista, asociado con la economía

Antes que continúe ilustrando mi hipótesis sobre los tipos regionales y sus implicancias, necesitamos dar un paso atrás por un momento hasta el concepto básico de región, en función de aclarar el supuesto central. Dado que -como he sugerido más arriba- las regiones se definen adecuadamente por la escala de cierta clase de sistema interno a las mismas y, dado que las sociedades humanas se constituyen típicamente con un gran número de clases diferentes de sistemas mutuamente influyentes, ¿cuál es el sistema a elegir para definir las regiones? Rápidamente, uno puede traer muchos candidatos posibles a la mente, incluyendo las pautas de la geografía física, la distribución y el tipo de producción económica, la estructura política, el intercambio o las relaciones de mercado. Es este último sistema -la estructura de intercambio o los mercados- el que permanece en el corazón de la teoría del emplazamiento central, que a su turno provee la base para la mayoría de los recientes trabajos teóricos sobre el análisis regional¹⁸.

azucarera en el Brasil colonial y del siglo XIX; ver Stuart B. Schwartz, "Colonial Brazil, c. 1580-1750: Plantations and Peripheries" y Dauril Alden, "Late Colonial Brazil, 1750-1808", ambos en Leslie Bethell (Ed.), *THE CAMBRIDGE HISTORY OF LATIN AMERICA*, Cambridge, 1984, vol. 2, pp. 423-500 y 601-660, respectivamente. Stanley J. Stein, *VASSOURAS: A BRAZILIAN COFFEE COUNTY, 1850-1900*, Cambridge, Mass., 1957 y Celso Furtado, *THE ECONOMIC GROWTH OF BRAZIL: A SURVEY FROM COLONIAL TO MODERN TIMES*, Berkeley, 1965. Por otra parte, las regiones que son aparentemente instancias del modelo olla a presión y que parecen experimentar cierto tipo de desarrollo interno, pueden vincularse débil o indirectamente con las economías dinámicas externas o con sus sectores económicos. Por ejemplo, la apertura del noroeste mexicano y el dinamismo de la economía de la minería de plata del oeste de México (orientada hacia la exportación), parecen tener mucha relación con el desarrollo económico de la región de Guadalajara a fines del período colonial; ver Van Young, *HACIENDA AND MARKET*, pp. 142-149 y *passim*.

¹⁸ La influencia determinante del espacio y de los costos de transporte sobre la producción económica es el tema principal de la teoría de locación clásica, que mayormente deriva del trabajo de Johann Heinrich von Thünen, *VON THUNEN'S ISOLATED STATE*, editado por P. Hall, London, 1966. Para una aplicación interesante de las ideas de von Thünen en México, ver Ursula Ewald, "The von Thünen Principle and Agricultural Zonation in Colonial Mexico" en *JOURNAL OF HISTORICAL GEOGRAPHY*, 3, 1977, 123-133. Entre los geógrafos, Claude Bataillon-luego de una crítica elocuente y perspicaz a la teoría de las regiones naturales (o geográficas) en México, parece enfatizar la función de producción como la mayor variable definitoria de la regionalización (op. cit., pp. 198 y ss.). Este mismo énfasis parece subyacer en la discusión de la "escala" urbana y "del poder productivo de la esfera de influencia [de una ciudad dada]" en Jorge E. Hardoy y Carmen Aranovich, "The Scale and Functions

De hecho, la misma ha sido definida como una teoría de la localización, tamaño, naturaleza y espaciamiento de conjuntos de actividad mercantil. El geógrafo Brian J. L. Berry lo ha expresado muy claramente:

"Es en el sistema de intercambio, a través del proceso de distribución, donde aparecen juntas las ofertas de los productores y las demandas de los consumidores. En este sentido, las interconexiones de la red de intercambio son las hebras que mantienen unida a la sociedad".¹⁹

Y que mantienen unidas a las regiones, podríamos agregar. Por lo tanto, es a las relaciones de mercado a quienes deberíamos mirar si quisiéramos entender la naturaleza de las regiones geohistóricas.

Una de las peculiaridades del desarrollo histórico de México, según creo, es el hecho que -aparte de la presencia perenne de las exportaciones mineras, básicamente en la forma de plata o petróleo- el país no se ha encontrado nunca en las garras de los ciclos exportadores de monocultivos, a los que uno suele asociar con la mayor parte de América Latina. El azúcar y el café en Brasil serían ejemplos de estos ciclos de auge/ decaencia; el guano y el azúcar en Perú; el vacuno, el ovino y el

of Spanish American Cities Around 1600: An Essay on Methodology" en Richard B. Schaedel, Jorge E. Hardoy y Nora Scott Kinzer (Eds.), URBANIZATION IN THE AMERICAS FROM ITS BEGINNINGS TO THE PRESENT, The Hague, 1978, pp. 63-97

¹⁹ Berry, op. cit., p. 1. Para citar a Carol A. Smith: "El excedente es un producto del intercambio, no un factor de producción, dado que su nivel depende de los medios empleados para extraerlo, no sólo de los usados para producirlo"; "Exchange Systems and Spatial Distribution of Elites", p. 312. Las relaciones mercantiles como el principio central de estructuración de las regiones son particularmente apropiadas para las sociedades campesinas pre-industriales, o sustancialmente pre-industriales, aún donde existan formas importantes de producción no campesina. Su adecuación al análisis regional en las sociedades industrializadas, donde las relaciones de producción tienden a adquirir una posición dominante, es aún un problema pendiente. Sobre este punto, ver Smith, "Examining Stratification Systems", p. 96. Como se verá más abajo, y como es regularmente obvio en un nivel empírico, los sistemas de producción y mercantil son difíciles de separar en realidad, dado que a menudo el tipo de producción es antecedente del tipo de sistema de mercado.

trigo en Argentina, etc.²⁰. Por lo tanto, no existen muchas instancias de región embudo o dendrítica para examinar la historia de México y ciertamente ninguna que ocupara semejante rol central en el desarrollo económico del país en su conjunto, como las mencionadas más arriba. Sin embargo, dos casos que ilustran aspectos del tipo embudo/dendrítico son la economía azucarera del área de Morelos extendiéndose en el siglo XIX y el desarrollo de la industria henequera en Yucatán, durante la misma centuria. Es precisamente la falta de tales regiones desbalanceadas, con dominio de las exportaciones, que hace relativamente frecuente en México el tipo regional olla a presión/solar; y los dos casos que desearía discutir brevemente son los de la región de Guadalajara y parte de la diócesis colonial de Michoacán²¹.

Lo que uno espera observar en regiones estructuradas a lo largo de líneas dendríticas de organización interna es una orientación hacia el exterior con el propósito de comerciar un solo bien exportable -de allí la metáfora del embudo. Seguramente, este podría ser el caso de la zona azucarera de Morelos durante el período colonial y, aún más marcadamente, también en el siglo XIX, con la considerable expansión de la industria y el advenimiento del ferrocarril. Más aún, uno podría esperar ver la atrofia de los lazos comerciales internos; la opresión

²⁰ Por supuesto, existe un cuerpo historiográfico enorme sobre estos ciclos económicos y los efectos sociales y políticos vinculados con las exportaciones de bienes primarios, incluyendo los estudios de casos y los más generales, a lo largo de la teoría de la dependencia. Una colección de ensayos particularmente interesantes, que cubren la mayor parte de América Latina en el período post-independiente, es el editado por Kenneth Duncan et al, citado más arriba [ver nota 17].

²¹ La discusión sobre el Morelos colonial y post-colonial se basa sustancialmente en Cheryl E. Martin, *RURAL SOCIETY IN COLONIAL MORELOS*, Albuquerque, 1985 y en Guillermo de la Peña, *A LEGACY OF PROMISES: AGRICULTURE, POLITICS AND RITUAL IN THE MORELOS HIGHLANDS OF MEXICO*, Austin, 1981. El material sobre Yucatán ha sido extraído de Robert W. Patch, "Agrarian Change in Eighteenth-Century Yucatán" en *HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW*, 65, 1985, pp. 21-49; Arnold Strickon, "Hacienda and Plantation in Yucatán: An Historical-Ecological Consideration of the Folk-Urban Continuum in Yucatán" en *AMERICA INDIGENA*, 25, 1965, pp. 35-63 y Allen Wells, *YUCATAN'S GILDED AGE*, que el autor me facilitó gentilmente antes de imprimir. La discusión sobre la región colonial de Guadalajara se basa enteramente en mi Tesis de Doctorado, "Rural Life in Eighteenth Century México: The Guadalajara Region, 1675-1820", 2 vol., University of California, Berkeley, 1978, y la del Michoacán colonial, en Claude Morin, *MICHOACAN EN LA NUEVA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII*, cit.

de la jerarquía regional urbana hacia una extremada falta de regularidad logarítmica -esto es, el dominio de la ciudad factoría y/o una metrópolis externa en el flujo de bienes hacia dentro o hacia afuera de la región; un alto grado de concentración de la propiedad; una simplificación del sistema de estratificación social. Respecto del resquebrajamiento de los vínculos comerciales internos, algunos de los pueblos coloniales del área -como Yautepec y Cuautla- por cierto parecen ser puntos nodulares de un sistema dendrítico concentrado en la ciudad de México²². Dado que la producción regional de azúcar posiblemente no podía ser consumida localmente, tanto en el período colonial como en el independiente, la ciudad de México ha servido como el mayor mercado y consecuentemente como la ciudad regional primaria, exhibiendo un grado extremadamente alto de primacía²³. Todos los estudiosos

²² De la Peña, A LEGACY OF PROMISES, pp. 25-26. Ver también las consideraciones sobre esta característica de los sistemas regionales dendríticos en Carol A. Smith en "How Marketing Systems Affect Economic Opportunity", pp. 133-138 y en "Exchange Systems and the Spatial Distribution of Elites", pp. 336-337. Comparar además con el análisis de Gordon Appleby hablando de las zonas exportadoras de lana del altiplano peruano en la era moderna, en "Export Monoculture and Regional Structure in Puno, Peru" en Smith (Ed.), REGIONAL ANALYSIS, vol. 2, pp. 291-307: "Cuanto más tierra concentrada en pocas manos, menor cantidad de comerciantes necesarios para servir a los productores y mayor número de comerciantes locales salteados por las grandes casas mercantiles en los centros de nivel más alto y, consecuentemente, mayor el grado de primacía exhibido en el área de exportación" (p. 294).

²³ Sobre el mercado de la ciudad de México para el azúcar de Morelos, ver un artículo interesante de Horacio Crespo, "El azúcar en el mercado de la ciudad de México, 1885-1910", en Horacio Crespo (Coord.): MORELOS, CINCO SIGLOS DE LA HISTORIA REGIONAL, México, 1984, pp. 165-222, passim. Los cuadros de Crespo (p. 204) indican que sólo cerca del 4% de la producción azucarera total de México se exportaba en promedio, entre 1893 y 1911, partiendo de un umbral casi sin exportaciones en 1899/1900, a un elevado 8% una década después. Gran parte de la producción azucarera durante el período colonial se destinaba también al consumo interno dentro del centro del virreinato mismo, principalmente al mercado de la ciudad de México; sobre este punto, ver Gisela von Wobeser, "Las haciendas azucareras de Cuernavaca y Cuautla en la época colonial", en Crespo (Coord.), op. cit., pp. 107-113, passim. Las exportaciones azucareras del México colonial a Europa fueron (aunque no siempre) generalmente no rentables, debido a los altos costos de transporte comparados con los de los productores caribeños y brasileños; ver mi ensayo inédito, "The Cortés Ingenio at Tuxtla: A Study in Economic Decline" (1970). Sobre la falta de regularidad logarítmica como una medida de la primacía urbana, ver William P. McGreevey, "A Statistical Analysis of Pri-

de la zona exportadora de Morelos han apuntado la tendencia a la concentración de la propiedad en las áreas azucareras a través del tiempo, debido a la posibilidad de formación de economías de escala que ofrecía tal concentración, entre otros factores²⁴. Finalmente, tanto Guillermo de la Peña como Cheryl Martin señalan en sus estudios la simplificación social de las áreas rurales bajo el impacto del azúcar. Es decir, sus efectos homogeneizantes: la tendencia a destruir totalmente a los pequeños productores y a los grupos intermediarios y, en el caso de Martin, en particular, el resurgimiento y proliferación de pequeños productores en la primitiva zona exportadora, cuando la producción azucarera a gran escala había retrocedido desde fines del siglo XVII hasta cerca de 1760²⁵.

macy and Lognormality in the Size Distribution of Latin American Cities, 1750-1960" en Richard M. Morse (Ed.), THE URBAN DEVELOPMENT OF LATIN AMERICA, 1750-1920, Stanford, 1971, pp. 116-129. La regularidad logarítmica significa que el tamaño de la población de una ciudad se relaciona con su rango en una jerarquía urbana; i. e., la segunda ciudad es la mitad del tamaño de la primera, la tercera es un tercio de la primera, etc.. Los cuadros de Mc Greevey (p. 121, cuadro 2) indican que la ciudad de México demuestra el más temprano y notable grado de primacia urbana [i. e. falta de regularidad logarítmica], entre las capitales de ocho países latinoamericanos (México, Cuba, Chile, Argentina, Brasil, Perú, Venezuela y Colombia).

²⁴ Sobre la concentración de la tierra y la agresiva expansión de las haciendas azucareras, ver Martin, op. cit.; de la Peña A LEGACY OF PROMISES; Ward Barrett THE SUGAR HACIENDA OF THE MARQUESES DEL VALLE, Minneapolis, 1970; Arturo Warman, WE COME TO OBJECT: THE PEASANTS OF MORELOS AND THE NATIONAL STATE, Baltimore, 1981; John Womack, ZAPATA AND THE MEXICAN REVOLUTION, New York, 1969 y numerosos ensayos que figuran en la compilación de Crespo, op. cit.

²⁵ De la Peña, A LEGACY OF PROMISES, pp. 29-37, discute a cerca de la heterogeneidad social y la economía diversificada asociada en las zonas altas de Morelos en el período colonial, particularmente en Tlayacapan y algunos otros pueblos, y continúa describiendo los efectos reduccionistas de la expansión azucarera en los bajos durante el siglo XIX, sobre esta región (pp. 66-68). Martin, op. cit., pp. 124-155, describe los efectos reduccionistas del resurgimiento del azúcar sobre "la importante variedad social" que se había desarrollado en la región de los bajos azucareros hasta mediados del siglo XVIII y concluye que la cultura del azúcar y sus disposiciones económicas asociadas explican la falta de "simbiosis" característica entre las grandes unidades productivas y los campesinos en otras áreas de México central (pp. 215 -216). Para un análisis aún más radical de la homogeneización y de la simplificación social bajo el impacto de la cultura del azúcar en la

Quizá el territorio norteño de Yucatán bajo la exportación del henequén durante los siglos XIX y principios del XX resulte un caso más claro de región embudo o dendrítica. El boom del henequén de Yucatán es un caso interesante porque -a diferencia de la zona azucarera de Morelos en la época colonial y el siglo XIX, donde el bien exportable estaba presente casi desde comienzos de la era colonial- allí dicha industria del período de auge exportador fue creada ex nihilo y tuvo un ciclo relativamente corto. Antes que el henequén alcanzara la hegemonía en la última mitad del siglo XIX, la península era esencialmente periférica, una genuina economía aislada. En un excelente artículo reciente y en otro trabajo, Robert Patch ha descrito la dinámica básica de la economía colonial en términos llamativamente similares al resto de Nueva España. Aquí los elementos básicos fueron la recuperación demográfica indígena, la presión sobre la tierra, los enormes establecimientos rurales, los mercados de ganado y cereales urbanos, etc.: en suma, una o muchas situaciones de olla a presión que constituían una cantidad de pequeños complejos regionales ²⁶. Poco después, lo que en cualquier otra parte puede haber sido un ciclo exportador, adquirió la forma de "un episodio" en Yuca-

costa peruana norteña, ver Peter F. Klaren, MODERNIZATION, DISLOCATION AND APRISMO: ORIGINS OF THE PERUVIAN APRISTA PARTY, 1870-1932, Austin, 1973. Klaren describe la creciente concentración territorial, la destrucción de una clase de granjeros pequeños, prósperos e independientes, la disrupción de la estructura urbana comercial por la intrusión de las plantaciones azucareras en las relaciones locales de intercambio y la emergencia de un proletariado rural, vulnerable a la dislocación social y a la anomia; sobre la ausencia de grupos socialmente mediadores y la "anomia", comparar con de la Peña, A LEGACY OF PROMISES, pp. 66 -68 y passim.

²⁶ Patch, "Agrarian Change in Eighteenth-Century Yucatan", passim. Patch finalmente destaca (pp. 48-49) las causas internas del cambio en la economía colonial, debidas primariamente al crecimiento de la población, y sugiere que la economía peninsular se reorientó hacia el exterior sólo con el henequén. Strickon, "Hacienda and Plantation in Yucatán", p. 44 señala que los exiguos ingresos por exportaciones de Yucatán a comienzos del siglo XIX derivaban de una economía ganadera extensiva, comercializada como carne fresca y otros productos en Cuba. Nancy Farriss, en MAYA SOCIETY UNDER COLONIAL RULE: THE COLLECTIVE ENTERPRISE OF SURVIVAL, Princeton, 1984, ha descrito las adaptaciones sociales de la sociedad indígena al régimen económico colonial. Para algunas comparaciones interesantes con el período colonial temprano de Centro América, véase Murdo J. MacLeod, SPANISH CENTRAL AMERICA: A SOCIO ECONOMIC HISTORY, 1520-1750, Berkeley, 1973.

tán, según la frase de Howard Cline²⁷. Se trataba del desarrollo de la industria azucarera a lo largo de la frontera sudeste durante el período 1750-1850. A pesar de la orientación hegemónica de este sector hacia la producción para el mercado interno peninsular, ya se comenzaban a ver los efectos de la lógica interna de la economía de escala y del duro régimen laboral que prefiguraban la del henequén²⁸. Mientras que sería una exageración decir que la situación de la península cambió radicalmente junto con el advenimiento y rápido crecimiento de la industria henequera después de mediados del siglo, sin embargo es verdad que la industria de la fibra cambió la estructura económica de Yucatán y, con ella, la estructura interna de las regiones yucatecas. La producción de fibras en el noroeste de la península, organizada principalmente a lo largo de líneas de enormes establecimientos altamente capitalizados, se cuadruplicó durante la década de 1870, con un efecto predecible sobre el tamaño global y la organización de la fuerza de trabajo. Hacia 1900, cerca del 75 por ciento de la superficie cultivada de Yucatán -según cálculos oficiales- se dedicaba al cultivo de henequén y, de la mitad a tres cuartos de la población rural de la península, vivía en las plantaciones henequeneras²⁹. No es sorprendente que la población indígena campesina de la región henequera se haya proletariado fuertemente y que se hayan debilitado las comunidades aldeanas. La región parece haber experimentado la distorsión social y la simplificación de la estructura social que predeciría el modelo embudo dendrítico³⁰. De este modo, a diferen-

²⁷ Howard F. Cline, "The Sugar Episode in Yucatán, 1815-1850" en *INTER-AMERICAN ECONOMIC AFFAIRS*, 1 (1947-48), 79-100.

²⁸ Wells, *YUCATAN'S GILDED AGE*, p. 24. Strickon, "Hacienda and Plantation in Yucatán", p. 50, afirma que la zona de plantaciones producía suficiente azúcar para exportar desde la península, a fines de los años 1830. Wells, *op. cit.*, p. 22, continúa diciendo que aún con una división "sub-regional" del trabajo, las exportaciones peninsulares totales -incluyendo el azúcar- eran menores, comparadas con el valor total de la producción de subsistencia (i. e., la agricultura tradicional basada en el maíz).

²⁹ Strickon, "Hacienda and Plantation in Yucatán", pp. 55 - 56.

³⁰ Wells, *YUCATAN'S GILDED AGE*, pp. 9, 153 y ss., 184; Strickon, "Hacienda and Plantation in Yucatán", p. 57. Wells observa (p. 184): "La cooptación de los ejidos aldeanos por los henequeneros en el noroeste, a lo largo del porfiriato, ha frustrado lo que alguna vez fuera un campesinado saluda-

cia de las haciendas tradicionales de producción mixta de la era pre-henequenera, las plantaciones no intentaron el autoabastecimiento. Esto implicó el surgimiento de una economía maicera complementaria en la vieja zona fronteriza del sudeste, para alimentar a la región henequenera con déficit alimentario, un desarrollo que anticipó la recuperación diversificada en la antigua zona del azúcar³¹. Finalmente, uno esperaría ver una simplificación y homogeneización de los mecanismos comerciales y mercantiles regionales, ante el impacto de tales cambios. Citando a Carol A. Smith nuevamente:

"...debido a que el sistema productivo estaba altamente concentrado, el sistema de distribución también lo estaba. Y, debido a que el mercado para el excedente regional es externo, no hay necesidad de

ble, aislando a la comunidad de la hacienda de su base institucional, el poblado comunal". Concluye (p. 184): "A diferencia del norte de México, Yucatán no poseía un clase media considerable, capaz de unirse con los hacendados descontentos para liderar una revolución. La hacienda del henequén fue una sociedad de plantación con una estructura de clases similar a la de las sociedades azucareras del Caribe".

³¹ Wells, YUCATAN'S GILDED AGE, pp. 91-92, 94; Según Wells el término adecuado para este efecto indirecto del desarrollo henequenero es "succión económica". Ver también Strickon, "Hacienda and Plantation", p. 59 y Appleby, "Export monoculture and regional social structure", pp. 292-293, referido especialmente a Yucatán. Para instancias similares sobre los vínculos simbióticos interregionales que unían regiones exportadoras con forma de embudo y déficit alimentario, con regiones abastecedoras de alimentos, ver las consideraciones de Carol A. Smith sobre el oeste de Guatemala (el café en los llanos, la producción de alimentos en los altos), en "Examining Stratification Systems", pp. 100 y ss; de la Peña, A LEGACY OF PROMISES, passim (azúcar en los bajos, alimentos en los altos) y los trabajos citados en la nota 17. Estos "átomos simbióticos" nos devuelven a la cuestión original de qué es lo que constituye una región. Por ejemplo, de la Peña (ibidem, p. 29), alude a los altos de Morelos como si ellos mismos constituyeran una región distinta, diferenciada históricamente de los bajos vecinos, mientras Wells (YUCATAN'S GILDED AGE, pp. 7-8) prefiere la idea de una "dependencia intra-regional" dentro de una región identificable, Yucatán, integrada por las sub-regiones "dominante" y "marginal".

Por contraste con las regiones embudo/dendríticas que acabo de describir, partes de las diócesis de Michoacán y el extendido hinterland de Guadalajara desplegaron notables características de tipo regional olla a presión/solar. Considerando a Michoacán en su conjunto, un criterio de diagnóstico para la falta de una fuerte estructura embudo/dendrítica es el consumo interno de productos frecuentemente asociado en todas partes con los mercados de exportación, como el azúcar. En las pos-trimerías del siglo XVIII, por ejemplo, sólo alrededor del 25 por ciento de la producción azucarera de 170.000 arrobas de la diócesis se destinaba a la exportación fuera del área³³. Otra característica de orientación interna era la presencia de ferias periódicas en pueblos pequeños y medianos y en algunas ciudades más grandes: Zamora y Tangancicuaro los domingos, Pátzcuaro los viernes, Valladolid los jueves, etc.³⁴. Y toda-

³² Smith, "How marketing systems affect economic opportunity", p. 138; ver también Appleby, "Export monoculture and regional social structure", pp. 294, 302-303. Hasta lo que conozco, aún no se ha realizado ningún estudio exhaustivo de las estructuras de mercado de estas dos regiones yucatecas; por lo tanto, mis conclusiones como las de los otros autores son altamente tentativas.

³³ Morin, MICHOACAN EN LA NUEVA ESPAÑA, p. 144. La evidencia que aduce Morin con respecto al comercio de sal en otro párrafo (p. 147), para probar el alto grado de comercialización en el obispado con relación a los mercados externos, no es convincente, dado que la sal -aún en el Viejo Mundo y aún en las economías no monetizadas- era un artículo tradicionalmente comerciado a larga distancia por su alto valor unitario: si algo debía comerciarse, seguramente era la sal. Sin embargo, la mayor parte de la producción algodonera era exportada desde ese obispado (p. 145). Uno de los problemas que presenta el libro de Morin, a pesar de ser muy bueno, es precisamente el no diferenciar suficientemente regiones coherentes dentro del obispado de Michoacán, el cual carece de sentido como entidad en y por sí mismo. No obstante, los argumentos tentativos que empleamos sobre las regiones, basándonos en el trabajo de Morin, parecen justificarse sobre la base de que la mayoría de sus datos abarcan el obispado en su conjunto -y como el conjunto no debe haber excedido la suma de las partes -sus cifras representan el funcionamiento de las regiones componentes, a grosso modo.

³⁴ Morin, *ibidem*, p. 153. La presencia o ausencia de periodicidad mercantil en los sistemas de emplazamiento central es importante por tratarse de un indicador de la naturaleza y del grado de la jerarquía urbana intra-regional, del grado de oportunidades de consumo, y del grado de vinculaciones

vía aparecen otros signos de un modelo olla a presión/solar en la forma de mecanismos mercantiles locales relativamente complejos y generalizados y en la importación muy limitada de alimentos, con excepción de alguno rubros de alto valor unitario como bebidas alcohólicas y cacao³⁵.

La región de Guadalajara durante el período colonial tardío y los comienzos del siglo XIX proporciona un ejemplo más claro del tipo de olla a presión/solar en el sistema de emplazamiento central o, al menos, uno mejor conocido por mí. Guadalajara, la capital política y administrativa del área, funcionaba por cierto como una ciudad regional primaria y la jerarquía urbana de su extendido hinterland demostraba un grado concomitantemente alto de falta de regularidad logarítmica. Empleando el volumen de saldos comerciales para un grupo de pueblos escogidos de la región de Guadalajara en 1800 como un indicador del tamaño del pueblo, los saldos en la ciudad primaria eran más de 25 veces mayores que su rival más próximo en la

laterales en los niveles más bajos e intermedios de la jerarquía. Para una discusión sobre la periodicidad y su importancia, ver los numerosos trabajos de Carol A. Smith ya citados, además de varios de los ensayos de la colección que editara, REGIONAL ANALYSIS, especialmente el de William Skinner; véase también G. William Skinner, "Marketing and Social Structure in Rural China" (Part I) en Jack M. Potter, May N. Díaz y George M. Foster (eds.), PEASANT SOCIETY; A READER, Boston, 1967, pp. 63-97. Para un resumen del argumento de la periodicidad, ver Hassig, TRADE, TRIBUTE AND TRANSPORTATION. La discusión teórica de Smith sobre los sistemas de emplazamiento central, a los que se refiere en un artículo ("Exchange Systems and the Spatial Distribution of Elites") como a estructuras mercantiles "administradas" o "parcialmente comercializadas" (donde establece, sin embargo, los lineamientos esenciales para el tratamiento de los casos empíricos en México), es notablemente desajustada. En términos generales, su sofisticado análisis no tiene en cuenta: 1) las relaciones inter-regionales; 2) las regiones/sociedades agrarias en las que la producción de bienes primarios exportables no está en manos de los campesinos productores, pero en las cuales éstos experimentan una relación simbiótica con los productores de artículos en gran escala [i.e., haciendas y plantaciones] (sobre este punto, ver su discusión en *ibidem.*, pp. 336-337), 3) la diferenciación intra e inter regional a través del tiempo [i.e., su análisis es estático]. Con respecto a los sistemas solares de emplazamiento central, estos no son incompatibles con la existencia de un cierto monto de periodicidad mercantil, a pesar de estar caracterizados por una jerarquía urbana trunca (generalmente bifurcada) y un marcado grado de primacía regional urbana.

³⁵ Morin, MICHOACAN EN LA NUEVA ESPAÑA, pp. 145, 153 y ss.

región, el importante pueblo provincial de La Barca³⁶. En consecuencia, la estructura comercial y mercantil de la región desplegaba las características que se esperarían encontrar aproximadamente en el tipo olla a presión/solar. Entonces a pesar de la tendencia reduccionista de las relaciones comerciales centradas en la ciudad regional primaria, los poblados rurales tenían al menos algunos lazos laterales en términos de las relaciones crediticias, los comerciantes itinerantes las ferias periódicas, etc. Por otro lado, la especialización productiva intra-regional, aunque existía, estaba limitada³⁷. Una reclasificación y análisis de los datos desarrollados en un tratado estadístico de mediados del siglo XIX, realizado por un geógrafo/ estadígrafo, revela un enorme grado de homogeneidad en la red comercial regional y una jerarquía urbana achatada, aproximándose a la disposición de dos grupos que se esperaba encontrar en tal tipo regional. De los casi veinte pueblos abarcados en el estudio -cuyos establecimientos comerciales he clasificado de acuerdo a la simple división en tres partes de la actividad minorista, servicios y artesanado- un promedio de dos tercios tenía pequeños establecimientos minoristas, mientras que el resto poseía los tipos de servicios y artesanal. Los pueblos ubicados a cierta distancia de Guadalajara en zonas agrícolas de temporal, con economías mixtas de cereales y ganado, tendían a tener porcentajes muy altos de

³⁶ Van Young, "Rural Life in Eighteenth-Century México", cuadros 11-3, p. 518; la fuente es la Biblioteca del Estado (Guadalajara), Archivo Fiscal de la Audiencia de Nueva Galicia, vol. 218; los valores derivan de las cifras de las alcabalas sin incluir fincas e iguales, con base a un tasa general del 6%. Por contraste con la región de Guadalajara, una de las únicas peculiaridades del Bajío en la misma época era su red urbana menos sesgada, la cual desplegaba una dimensión de distribución de sus pueblos con regularidad logarítmica; John Wibel y Jesse de la Cruz, "Mexico" en Morse (Ed.), THE URBAN DEVELOPMENT OF LATIN AMERICA, p. 98; ver también Alejandra Moreno Toscano, "Regional Economy and Urbanization: Three Examples of the Relationship Between Cities and Regions in New Spain at the End of the XVIII Century" en Schaedel, Hardoy y Kinzer (Eds.), URBANIZATION IN THE AMERICAS, pp. 399-424 y Richard Morse, "The Urban Development of Colonial Spanish America" en Bethell (Ed.), THE CAMBRIDGE HISTORY OF LATIN AMERICA, vol. 2, pp. 67-104.

³⁷ Para un comentario general sobre la estructura regional solar, ver Carol A. Smith, "Regional Economic Systems" en Smith (Ed.), REGIONAL ANALYSIS vol. 1, pp. 3-63, especialmente pp. 36 y ss. Smith pone cierto énfasis en el hecho que "... las comunidades campesinas en ... los hinterlands (de una ciudad primaria) se especializan, cada una, en un producto distintivo para el mercado". En la región de Guadalajara, esta especialización existía por cierto, pero un problema intrincado sería medir su significado relativo.

establecimientos minoristas, mientras que la región en su conjunto parecía haber desarrollado un grado relativamente bajo de especialización intra-regional, con vínculos verticales fuertes y laterales comparativamente más débiles. Algunos comercios rurales, así como los establecimientos más grandes en los pueblos provinciales, negociaban mayormente paños, comida y ferretería; tendían a tener inventarios limitados y habitualmente llevaban en sus libros una gran cantidad de deudas muy pequeñas, muchas de ellas de indios campesinos aseguradas con varias prendas, que incluían armas, implementos agrícolas, artículos de vestir y objetos religiosos³⁸. Finalmente, a pesar de la creciente comercialización agrícola, las características de la propiedad y la proletarización rural, la región sostenía una estructura agraria llamativamente compleja, que incluía un grupo importante de familias granjeras independientes -o rancheros- y una dispersión significativa de intermediarios rurales, con numerosas ocupaciones -como proporcionar un crédito comercial importante y realizar tareas de corretaje- en la economía y sociedad regionales³⁹.

Mi último punto tiene que ver con las implicancias de tales características regionales para la integración económica y social total de México. Si el modelo olla a presión/solar tiene algún valor predictivo para las economías regionales, esperaríamos ver tres rasgos de tales sistemas: 1) mercados de un tipo muy limitado geográficamente para casi todo, excepto para los bienes comercializables de valor elevado y poco volumen; 2) niveles bajos de exportaciones regionales para bienes agrícolas y 3) un generalizado bajo nivel de intercambio comercial entre regiones de este tipo, constituyendo un espacio económico mayor. Tomando el caso de la región de Guadalajara, estas características son las que de hecho se observan alrededor del 1800 y probablemente mucho antes. Semejante conclusión implica incluso una significación mayor, porque este área de Nueva España es citada típicamente como una de las más dinámicas del período colonial tardío de Nueva

³⁸ Van Young, "Rural Life in Eighteenth-Century Mexico", pp. 519-527 y ver también mi artículo inédito, "Rural Middlemen in Bourbon Mexico: The Guadalajara Countryside in Eighteenth Century", American Historical Association, Annual Meeting, Washington, D.C., 1982.

³⁹ Ibidem.

España, junto con las del Bajío y Michoacán⁴⁰. Para el propósito de discusión, si se analizan los guarismos de la producción y el comercio regionales consignados en un informe de 1803 de Fernando de Abascal, el intendente de Guadalajara, se aprecia que las exportaciones netas de la intendencia eran comparativamente pequeñas. Del producto bruto regional total de cerca de 8.729.000 pesos, éstas implicaban 443.000 pesos-alrededor del 5% de este P.B.R. o aproximadamente 10 pesos per capita para la mayor población de la región de Guadalajara. Si de eliminan los datos de la producción minera -virtualmente todo lo que se exportaba desde esa intendencia -los guarismos caen al 2%. Más aún, si se aumentan en un 50% las cifras de la producción maicera que da Abascal (lo cual parece razonable en función de corregir el sub-registro de la producción de subsistencia de este artículo básico) el guarismo de las exportaciones caerá más aún necesariamente [ver cuadro]⁴¹.

⁴⁰ Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez, 1750-1808: LA EPOCA DE LAS REFORMAS BORBONICAS Y DEL CRECIMIENTO ECONOMICO, Cuadernos de trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1974, pp. 148 y ss.; Morin, MICHOACAN EN LA NUEVA ESPAÑA, *passim*.

⁴¹ El informe de Abascal está publicado en E. Florescano e I. Gil Sánchez (Comps.), DESCRIPCIONES ECONOMICAS REGIONALES DE NUEVA ESPAÑA. PROVINCIAS DEL CENTRO, SURESTE Y SUR, 1766-1827, México, 1976, pp. 108-132, "Provincia de Guadalajara. Estado que demuestra los frutos... en el año 1803..."; posiblemente está basado en los registros de diezmos y de impuestos a las ventas. He dispuesto de otra forma los datos de Abascal y hecho algunos cálculos por mi cuenta, concluyendo en una quiebra brusca de la producción y el comercio regionales a partir de varios sectores/industrias de la economía, como se ve a partir de los datos del cuadro. Justamente, no está claro lo que Abascal entendía por la denominación "Provincia de Guadalajara", aunque posiblemente se refiriera a la Intendencia, una unidad mayor que se sobrepone a la región de Guadalajara, como he tratado de definirla (Van Young, HACIENDA AND MARKET, pp. 11-27); por lo tanto, mis cálculos son sólo una aproximación poco precisa. En consecuencia, las cifras no contemplan el contrabando dentro o fuera de la región. Abascal proporciona una cifra para "comercios", en su rubro "importaciones", de 2.241.000 pesos, pero de los totales se ve claro que ésta es una cifra diferente del total de las importaciones especificadas bajo las categorías de agricultura, ganadería, etc., y debe haberse tratado de bienes manufacturados. Por lo tanto, es justificable dejar esta cifra fuera de los cálculos, cuando se deducen las exportaciones netas (exportaciones brutas menos importaciones brutas en todos los ramos, excepto comercio). Sustrayendo el valor del "comercio" (2.241.000 pesos) de las exportaciones netas (2.684.000 pesos) obtenemos la cifra de 443.000 pesos, el comercio total positivo para ese año. Luego la dividimos por el

Ramo (sector/ industria)	Valor de la produ- cción tot.	Valor total de las Im- portaciones	Valor total de las Ex- portaciones	Valor neto de las Ex- portaciones	[1]	[2]
Agricultura	3.051.000	151.000	904.000	743.000	25%	9%
Ganaderia	1.341.000	-	261.000	261.000	19%	3%
Industria	1.320.000	69.000	624.000	555.000	42%	6%
Asta/cuero	407.000	128.000	199.000	71.000	17%	1%
Textiles	1.620.000	136.000	308.000	172.000	11%	2%
Minerales	990.000	12.000	884.000	872.000	88%	10%

[1] Valor neto de las exportaciones como porcentaje de la producción

[2] Valor neto de las exportaciones como porcentaje de la producción total

Fuente: véase nota 41

Luego, lo que se ve -al menos en este caso y probablemente también en otras regiones- es una especie de efecto de iceberg, en el que sólo la punta de la economía regional derivaba en un nexo comercial más amplio, mientras que la enorme masa restante producía, consumía y comerciaba sólo en un nivel intra-regional, llegando casi a la no-comercialización. De un modo general, aún se pueden entrever los múltiples niveles de integración económica abarcando los intercambios primarios (administración e impuestos), los intercambios secundarios (consumos de bienes durables y de lujo y flujos de capital), los intercambios terciarios (consumos de bienes no durables en una escala comercial y posiblemente la movilidad laboral) y los intercambios cuaternarios (consumos de bienes no durables

"producto bruto regional" (8.729.000 pesos), produciendo un balance comercial positivo del 5 % del PBR, partiendo de una población regional de cerca de 500.000 habitantes (posiblemente, una base un poco conservadora); para la población, ver Van Young, HACIENDA AND MARKET, pp. 36-37 y las cifras allí citadas. Con respecto a la producción regional de maíz y al rol de las exportaciones maiceras en el total regional, mis cálculos son demasiado generales. El informe de Abascal estima la producción total de maíz de la "provincia" en 1.860.000 fanegas para 1803, de las cuales se exportaban unas 444.700 (no se sugiere hacia dónde), o cerca del 24 % [a 1 peso/fanega]. Con un cálculo total de unas 500.000 personas, el monto real de maíz necesario para alimentarlas habría sido de 2.750.000 fanegas, o alrededor de 900.000 más (cerca del 50 %) que el dato de Abascal. [Este cálculo se basa en que un adulto medio de sexo masculino podría consumir normalmente unas siete fanegas anuales y, una familia de 4,5 personas, cerca de 35 fanegas. He tomado las más bajas de las estimaciones para la familia, la que da un consumo per capita anual promedio de 5,5 fanegas. Para las estimaciones de consumo, ver Hassing, TRADE, TRIBUTE, AND TRANSPORTATION, pp. 20-21]. Si la cifra de 2.750.000 fanegas está más cercana a la realidad de la producción regional total de maíz, luego la cantidad exportada -445.000 fanegas- cae del 24 % al 16 % del total de la producción. Un consumo más bajo de maíz a causa de la utilización del trigo dentro de la "provincia", habría estado posiblemente equilibrado por el empleo de maíz para criar cerdos u otro ganado. En el mismo año, de una producción total de trigo de 54.287 cargas, la "provincia" exportó cerca de 20.890 o el 38 %. Este diferencial 2,5:1 en las exportaciones de trigo sobre las de maíz tiene sentido si existía un excedente exportable "regional" sustancial, porque el mismo costo de transporte unitario podría proporcionar un beneficio mayor a los exportadores debido al precio diferencial en favor del trigo. De la producción ganadera total de 1803 -1.340.558 pesos en valores- se exportaba cerca del 20 % (260.688 pesos), pero la tendencia secular en las exportaciones ganaderas parecía haber declinado (Van Young, HACIENDA AND MARKET, cap. 3). De hecho, los datos fragmentarios (Ibidem, pp. 47, 70, 82) para 1803 sugieren que los precios para los tres mayores artículos exportables estaban por debajo de lo normal. Sobre la idea de balances regionales de pagos, ver Assadourian, EL SISTEMA DE LA ECONOMIA COLONIAL, p. 126.

en pequeña escala)⁴². En lugar de una fuerte evidencia indicadora de un comercio interregional significativo, los datos sobre el arbitraje entre los precios de los mercados regionales para artículos como el maíz y otros granos se suelen usar para inferir la existencia de tales conexiones comerciales con la economía desarrollada de amplio alcance, que se supone subyacía en ellas; pero este razonamiento no es totalmente convincente⁴³.

⁴² Este mismo punto ha sido tratado con frecuencia; más recientemente por Richard Morse, "The Urban Development of Colonial Spanish America", pp. 80 y ss.; por David A. Brading, "Bourbon Spain and its American Empire" en Bethell (Ed.), CAMBRIDGE HISTORY OF LATIN AMERICA, vol. 1, pp. 380-439 y por James Lockhart, "Social Organization and Social Change in Colonial Spanish America" en, *ibidem*, vol. 2, 265-319.

⁴³ El excelente artículo de Héctor Lindo Fuentes, "La utilidad de los diezmos como fuente para la historia económica" en HISTORIA MEXICANA, 30-(1980), 273-289, apunta a la elevada correlación dentro de los movimientos de precios en varias regiones de Nueva España, basados en series de precios disponibles para el siglo XVIII. Pero también admite que tales movimientos aparentemente simpáticos pueden deberse en gran parte a los efectos de factores climatológicos fortuitos u otros fuera del mercado, como al arbitraje de los precios dentro de los mercados inter-regionales (p. 277). Por otro lado, el tipo regional olla a presión/solar podría mostrar una marcada "pesadez" o "viscosidad" en sus respuestas a través de los precios, dado que estos sistemas son típicamente sujetos de obligaciones no mercantiles (i. e. políticas) y, por su naturaleza, están unidos débilmente a otras regiones; sobre este punto, ver Carol A. Smith, "Regional Economic Systems", p. 336. Mi trabajo sobre la región de Guadalajara indica un desarrollo de mercado relativamente tardío, casi totalmente intra-regional en su alcance, prácticamente sin introducción de artículos de consumo básico desde el exterior, aún en tiempos de crisis severa; HACIENDA AND MARKET, caps. 3-5. Entonces, si se infiere de una correlación alta de los movimientos del precio del producto básico, que los precios estaban arbitrándose a larga escala, el mercado inter-regional resultaría como concluir que, porque dos pacientes tienen alta temperatura, ambos sufren de la misma enfermedad. Morin, MICHOACAN EN LA NUEVA ESPAÑA, pp. 195-201, trata este punto muy claramente al notar la amplia variación de precios de una localidad a otra dentro del obispado, y la lentitud de sus movimientos: "Otros ejemplos podrían confirmar la existencia de mercados locales en los que los precios se presentan en forma anárquica, en desacuerdo con la imagen de un espacio unificado por una red de intercambio en la cual los precios casi no se diferencian más que en función de gastos de transporte. Estas desigualdades revelan una integración muy defectuosa, pues los intercambios de un lugar a otro no obedecen a la regla de la minimización de los costos y de la máxima utilidad..." (p. 196). Concluye Morin: "A pesar del volumen del intercambio y de la importancia de los mercados, y con todo y que

Finalmente, ¿cuáles son las implicancias de una estructura regional semejante para la sociedad en su conjunto? Primero -y lo más obvio- ésta indica una integración horizontal o espacial débil y, de alguna forma, se orienta a explicar las notables tendencias centrífugas mexicanas durante el período colonial y aún después de la independencia. Segundo, la debilidad de la articulación horizontal se relacionaría directamente con la debilidad de la vertical -o articulación socio-política- dado que probablemente indicaría una división social del trabajo relativamente baja. Es admisible que uno encuentre aquí un modelo con formas extravagantes, con campos de distorsión alrededor de las áreas mineras, de los centros administrativos y de la siempre anómala ciudad de México. Y, tercero, se esperaría observar que dicha sociedad tendiera a romper sus partes constitutivas a lo largo de las líneas de presión pre-existentes que acabo de señalar, en tiempos de crisis política aguda. Me parece que esto es exactamente lo que sucedió en los años posteriores a 1810, en los que, a través de la historia social de la rebelión, se podría rastrear la huella profunda de la desarticulación de la sociedad mexicana hasta descender al nivel de los poblados.

Traducción de Graciela Malgesini
IEHS/UNCPBA

la actividad comercial se amplía incesantemente, la circulación de bienes sigue recurriendo a técnicas y medios sumamente distintos de los mecanismos de una economía de mercado" (p. 201); [En castellano en el original, N.T.].